CAPÍTULO V. *Vuelta de Juan de Grijalva a Cuba y venida del capitán Christóbal de Olid en busca de Grijalva; y se dice la vuelta que da a Cuba sin encontrar con Grijalva y cómo Pedro de Alvarado va con las nuevas del descubrimiento de la tierra firme*

AS COSAS OCULTAS DE LOS ACAECIMIENTOS HUMANOS, si como están secretas en sí mismas hasta que llegan a tener ejecución, se hubieran de manifestar a los hombres ni hubiera tantos perdidos por no saberlas ni otros, que primero se han hecho señores de ellas, las hubieran tenido en poco y desechado, por no haber alcanzado a entender la honra que dentro de sí mismas tienen; que ya que a ellos no se les manifestó, por no ser suya, se les va luego a otros, que por otros respetos ocultos se le descubrió y hizo entrega de sí misma, como propia suya y de su buena y feliz ventura. Qué de bienes le estaban guardados a David con el arca del testamento si la llevara a su casa, los cuales recibió Obededón por haberla recibido en la suya, sin temer lo que David había temido, cuando vido la muerte repentina que causó al otro, que llegó a tenerla en coyuntura, que declinó y hizo aquel amago de querer caer en tierra. Por eso dijo muy bien el que dijo, que perdida la ocasión se perdía el caso. Y como los antiguos alcanzaron a saber la grande importancia que es saberse aprovechar de ella y los daños que resultan de no asirla cuando viene, la representaron de esta manera. Pintaban una mujer desnuda con el cabello largo y todo enmarañado y echado sobre la parte anterior de el rostro y junto a los pies el calzado; puesta en pie sobre una rueda grande de molino y junto a ella otra mujer triste y afligida, significando en la primera la ocasión junto a cuyos pies está el calzado, que es la facultad que ofrece para podérselos calzar. Pero sobre una rueda que fácilmente se mueve y muda lugar y cuando acuerdan ya ha pasado. Lleva el cabello sobre el pecho y rostro, para que habiendo vuelto las espaldas, no halle de donde asirla el que antes la tuvo y la dejó pasar. La mujer que tiene al lado, con aspecto y rostro triste, es el arrepentimiento que queda del buen lance perdido y más con la consideración, que teniendo el pájaro en las manos lo soltó y dejó volar por los aires.

Si bien consideramos lo dicho en esta ocasión y lo hecho por Juan de Grijalva, veremos la que su ventura le había ofrecido y puesto en las manos en este descubrimiento de un tan gran mundo como el de esta Nueva España (que el fue el primero que le puso este nombre); y habiéndolo conocido hizo mal en no probar ventura, pues a los que se atreven (dijo el otro poeta), ayuda la fortuna. Algunos de los que con él iban, viendo las riquezas que se iban descubriendo, le persuadían a que poblasen y se quedasen en la tierra; pero él, queriendo más la obediencia que el sacrificio, no se atrevió a pasar los límites de su comisión; y dijo, que no traía licencia para ello (como si en leyes de hombres sabios no hubiese epiqueyas

para las cosas dificultosas y graves de cumplir; y aunque es verdad que no han de ser hechas cosas malas aunque de ellas resulten otras buenas y que lo podía parecer salir de lo que por su comisión se le mandaba, no es ésta a lo menos de las que prohíben estas palabras dichas; porque lo que no contradice a ley divina, ni contraviene a transgresión de casos esenciales del reino, muy bien se puede glosar y extender su inteligencia, si la razón dicta que de el cumplimiento de un mandamiento se sigue mayor daño que provecho; y que es más el bien que se pierde que la pena a que se obliga). En conclusión decimos que no era suya esta empresa, pues el cielo no se la concedió; y así sucedió, que habiendo estado siete días en el puerto y estalaje de San Juan de Ulúa, y habiendo rescatado algún poco de oro, viendo que se le pasaba el tiempo que se le dio y que los mosquitos eran muchos y les daban mucha fatiga y pena, estando ya certificado que esta tierra era firme y en ella había grandes poblaciones, confirmados en llamarla Nueva España, y que el pan cazabi que llevaban por bastimento estaba mohoso y que amargaba, y que los soldados de la armada no eran bastantes para poblar, habiéndosele muerto diez de las heridas y hallándose otros dolientes, se acordó que se diese razón de ello al gobernador Diego Velázquez, pues que su orden era de no poblar, para que si quisiese que se poblase, enviase socorro que también lo deseaba el general de esta armada, no obstante todas las contradicciones dichas y mandamiento del gobernador. Aunque Gómara, mal informado de lo que en este viaje pasó, diga que Grijalva no tuvo voluntad de poblar, que aunque es verdad que la dice, no fue porque él no quería, sino porque atado a su comisión no quería exceder de lo que se le había ordenado. Y en comprobación de esto, dice el obispo de Chiapa don fray Bartolomé de las Casas de él, que le conversó muchos años, y que era de tal condición que no hiciera (en cuanto a la obediencia y aun en cuanto a humildad y a otras buenas propiedades) mal fraile; y que por esto, si todos los del mundo se juntaran, no quebrantara por su voluntad un punto de lo que por la instrucción se le mandaba, y que por esta causa, por más ruegos y razones importunas que le hicieron y representaron, los que deseaban que se poblase no lo pudieron recabar con él, alegando que se lo había prohibido el que le había enviado y que no tenía poder para más de descubrir y rescatar y que con cumplir lo que se le dio por instrucción haría pago y satisfaría.

Con esta resolución de Grijalva de irse, y por condecender con los que tanto le rogaban la quedada, se resolvió de enviar razón a Cuba de lo hecho (como decimos); y para que hiciese esta misión y legacía, eligieron al capitán Pedro de Alvarado, de quien dice Gómara en su libro estas palabras: Había asimismo muchos que deseaban a Cuba (como era Pedro de Alvarado que se perdía por una isleña y así procuró de volver con la relación de lo hasta allí sucedido a Diego Velázquez). Partióse en el navío llamado San Sebastián (que es el mismo en que venía por capitán) y que llevase todo el oro y ropa que había rescatado y a los enfermos que no podían quedar en la tierra, ni ir con más espacio descubriendo más tierra por la costa de la mar.

Después que salió Juan de Grijalva de la isla de Cuba con esta armada dicha para la jornada que dejamos referida, quedó el gobernador Diego Velázquez con mucho cuidado de su buen suceso, porque iba navegando por mares y tierras poco conocidas. Y para su quietud y saber de la armada envió en un navío con siete soldados a Christóbal de Olid, capitán de mucha opinión; y estando surto en la costa de Yucatán le dio tan recio temporal, que hubo de cortar los cables y correr a Santiago de Cuba, de donde había salido, sin llevar razón de la armada que buscaba. A esta sazón llegó Pedro de Alvarado con el oro, ropa y relación de cuanto se había hecho y descubierto, con que recibió Diego Velázquez grande contento y se le levantó el ánimo para esperar mucho de la jornada; y como (según dicen algunos) había sido este Pedro de Alvarado de parecer que se poblase en esta tierra (aunque él deseaba ir con esta embajada), dijo al gobernador la determinación de Grijalva y cómo pasaba adelante en su descubrimiento para volverse, sin dejar más memoria de sí en la tierra. Y con lo que acerca de esto informó a Diego Velázquez, dijo muchas cosas con mucha ira, contra Juan de Grijalva, no acordándose de la instrucción que le había dado y que debiera tratar con modestia al que era modestísimo y le fue muy obediente; porque según dice el obispo de Chiapa (que le trató mucho, y muy familiarmente) que era hombre de terrible condición para los que le servían y ayudaban y que fácilmente se indignaba contra aquellos de quien le decían mal, porque era más crédulo de lo que convenía. Con esta indignación que concibió contra Grijalva determinó de hacer otra armada y cometérsela a otro capitán, no queriendo hacer de él más confianza.

Luego que partió Pedro de Alvarado para Cuba, con parecer de los capitanes y pilotos, prosiguió Grijalva su descubrimiento yendo por su navegación costeando, y fueron descubriendo nuevas tierras y poblaciones hasta llegar a tierras de Pánuco, de donde (con parecer del piloto mayor, Antón de Alaminos) entraron en consulta y salió determinado de que se volviesen a Cuba, por cuanto las corrientes eran muchas y los llevaban muy derrotados y perdidos; y los que más instaron en la vuelta fueron los capitanes Francisco de Montejo, Alonso de Ávila y otros. Y no es maravilla, que si como dice Gómara, iban a la parte en el armada y habían puesto mucho en los gastos de ella no querrían perderla por la detención del tiempo. Y así dice Bernal Díaz del Castillo, soldado de autoridad y verdad, que alegaban que el invierno entraba y la vitualla faltaba y que un navío hacía agua y que era bien volver a desandar lo andado. Y demás de las razones referidas no se podían mantener, pues la gente era belicosa y la tierra muy poblada y los castellanos iban muy fatigados con el mucho tiempo que había que andaban por la mar. Con esta determinación se volvió Grijalva a Cuba, sucediéndole en la vuelta algunas cosas que dice Antonio de Herrera, y fue muy mal recibido del gobernador y echado con confusión de su presencia.